

cordar á los fieles el anatema pronunciado contra el primer hombre despues del pecado. Recogí un poco de polvo del desierto, y con él marqué mi frente, diciéndome: *Acuérdate hombre, que eres polvo, y en polvo te convertirás.* Al otro día caminamos desde la mañana hasta la noche entre montañas y colinas calizas de desigual altura, que forman un inmenso anfiteatro: á lo léjos otras montañas cuyas cumbres mucho mas elevadas se pierden en las nubes, limitaban el horizonte: unas parecian entreabiertas, otras quebradas, y derribadas como por un terremoto, en fin, era aquello un caos de montes, de colinas, de peñascos, de piedras unas sobre otras, y en ninguna parte una hoja de yerba, ni el menor indicio de vegetacion.

A eso de las cuatro vimos cerca de nosotros revolotear un pájaro: la vista de un pájaro en todas partes, es poca cosa, y aun es indiferente, pero en el desierto, y sobre todo, en un desierto del todo pelado, seco y estéril, donde nada anuncia la vida, es preciso haberlo experimentado, para formarse una idea del encanto particular que se siente con semejante encuentro.

Los utensilios de las tribus de los beduinos son tan sencillos como sus trages: consisten en una tienda de un tejido de lana parda que los mismos beduinos tejen, algunos morteros para moler el trigo, unas cafeteras, un instrumento para tostar el café, un mortero de barro cocido para quebrantarlo y un caldero, á todo lo cual añaden las gentes mas acomodadas cierto número de

sacos de lana para trasportar el carbon, artículo de su comercio. A excepcion de raros y pequeños terrenos cercados de malas tapias, no hay propiedades en las penínsulas del Sinai. Uno ó mas camellos, algunas cabras y carneros forman toda la fortuna de una familia árabe. Cada tribu se esparsa en un terreno que no está ocupado por otra, y allí vive con su ganado, hace su carbon y permanece todo el tiempo que la tierra le da lo necesario para vivir. Se mide la riqueza por el número de camellos, y es pobre el que no los tiene: los ganados están mezclados frecuentemente: las tiendas se que dan abiertas: cuidan mucho los árabes de inspirar á sus hijos desde chicos un gran horror al robo, y lo castigan severamente. Una muger infiel, una doncella que pierde su honor, así como un ladrón, son castigados de muerte; pero no es pública la ejecucion, sino que el esposo ó el padre acompaña de algunos parientes llevan al culpable al despoblado de una montaña, donde le imponen la pena. El carácter general de estas tribus es el amor á la independencia: tienen cierto orgullo y sentimientos sublimes. La hospitalidad que les es tan grata, la usan aun con sus enemigos: desdeñan los títulos vanos, y el único que aprecian es el título de padre, y cuando tienen un hijo agregan el nombre de este al suyo.

Si por un lado el padre es muy amoroso para con sus hijos, de otro nada iguala el respeto de los hijos al autor de sus días. Entre los que me acompañan hay dos beduinos casados y padres de familia,

Son excelentes sugetos, y yo me complazco en recompensarles con algunos regalos sus buenos servicios: ni uno ni otro han recibido el menor presente, sin alzar los ojos al cielo, y sin decir: „Esto será para nuestra buena madre.”

A los diez dias de haber salido del Cairo, y á eso de la una y media de la tarde habiendo llegado á la meseta de una colina, percibí por fin la cumbre augusta del monte Sinaí, término de mi peregrinacion. Inmediatamente eché pié á tierra, y religiosamente prosternado, adoré con todas las fuerzas de mi alma al Ser, que bajó allí rodeado de fuego para *hablar á la casa de Jacob, y anunciar su ley á los hijos de Israel.*

Muchas veces me he visto en la precision de decir que en ciertas circunstancias de la vida, en ciertas situaciones, se vuelven las sensaciones tan vivas y las impresiones tan profundas, que el lenguaje humano no halla palabras para pintarlas. He tenido la prueba de ello á la vista de Jerusalem, al subir al Calvario, al entrar en la tumba del Salvador, en la gruta de Belen, y por último, á la presencia de la montaña sagrada del Sinaí. Estábamos todavía á distancia de seis leguas, y como era imposible llegar aquel dia, hice alto mas temprano que de ordinario. Pero en vez de ir á reposar á mi tienda, entregado enteramente á los recuerdos del Sinaí, me quedé largo rato contemplándolo, mientras llegaba la hora en que pudiera estampar mi frente en el polvo de sus rocas.

Pasé una parte de la noche en leer el Exodo: siem-

pre he admirado los recitados de Moysés, cien veces los he leído, y siempre con nuevo encanto, y con el deseo de releerlos, y sin embargo, jamas habia yo sospechado que debieran ser para mí la fuente de una tan dulce sensacion, como la que me hicieron gustar durante esta noche feliz. Al rayar el dia estábamos ya en camino, y despues de media hora desapareció el Sinaí á mis ojos, y solo lo veia á largos intervalos. Está rodeado de montañas que producen la impresion mas extraordinaria: no podria yo comparar el aspecto que presentan, á la distancia en que estábamos, sino á las aguas del mar cuyas olas amontonadas á una altura prodigiosa por una terrible tempestad, hubieran quedado petrificadas de repente. Por singular que parezca esta imágen, es quizá la mas propia para dar una idea exacta del cuadro que tenia delante de mis ojos.

